

“aquella revolución fué prematura, aunque presentida para época más ó menos lejana.

“Hidalgo y tres oficiales de la guardia de la reina, iban á ser aprehendidos como conspiradores, cuando el Cura de Dolores, advertido del peligro, levantó el grito, llamando al pueblo á las armas y ofreciendo á los indígenas, con la abolición de tributos, la libertad más completa. En pocos días juntó un ejército de cuarenta mil hombres, marchando á su frente sobre Guanajuato, ciudad importante y centro de las minas más ricas de México. Apoderóse de la ciudad y emprendió marchar sobre Valladolid, á donde entró sin disparar un tiro. Fué proclamado Generalísimo, llegando al colmo en aquellos momentos el entusiasmo.

“Pertenece Hidalgo á una familia criolla muy influyente: tenía setenta años de edad y su fisonomía era notable por los rasgos de audacia y de resolución que en ella sobresalían. Traspuso con ardimiento la distancia de ochenta leguas que separaban á Valladolid de México, y llegó á Toluca después de una marcha victoriosa. Toluca, á doce leguas de la capital, encerraba numerosos y ardientes partidarios de la causa de la Independencia, quienes se le unieron en seguida.

“La situación se puso crítica para el General español Venegas, quien había cometido la imprudencia de dividir sus tropas, de las cuales una brigada, á las órdenes del General Calleja, ocupaba la ciudad de Querétaro, cuya población numerosa simpatizaba con la revolución. Tres mil hombres, mandados por el conde de la Cadena, estaban en San Luis Potosí, como á cien leguas de México, no quedando más que cosa de mil hombres á las órdenes del Brigadier Torcuato Trujillo, ayudante de campo del Virrey, que á toda prisa fué á situarse en Ixtlahuaca. Pero sorprendido en un desfiladero por los insurgentes, fué batido, viéndose obligado á contramarchar sobre México. En seguida salió el General Venegas á posesionarse de las alturas de Aculco. Hidalgo avanzó entonces hasta Cuajimalpa, á cinco leguas de México, la capital, á la cual ese mismo día, 10 de Octubre de 1810, le intimó rendirse. Por desgracia, no sabiendo aprovechar éxito tan sorprendente, pasó un mes en inacción completa, dando así tiempo á los realistas de rehacerse y juntarse. Los indepen-

“dientes, vivamente atacados por Calleja, perdieron en una batalla más de doce mil hombres, teniendo que emprender la fuga los restantes. Fué en Aculco donde, el día 7 de Noviembre de 1810, tuvo lugar esta desastrosa derrota, tan fatal á la causa de la Independencia. La estrella de la insurrección comenzaba á ofuscarse. Hidalgo operó un movimiento de retirada sobre Guanajuato, cuando Calleja cargó sobre la retaguardia de aquel en las Cruces, no muy lejos de Querétaro. Todo su ejército fué deshecho, teniendo el héroe que ir precipitadamente á refugiarse á Guadalajara, en donde todavía podía contar con algunas tropas en buen estado; allí le enviaron artillería del puerto de San Blas é hizo construir baterías. El real ejército llegaba á marchas forzadas para tomar aquella plaza, único baluarte de la Independencia. Hidalgo encargó á Allende, el principal de sus lugartenientes, de estorbar á los españoles el paso en el puente de Calderón, situado á cinco leguas antes de la ciudad de Guadalajara; batiéronse encarnizadamente de ambas partes; la resistencia de Allende fué ciertamente heroica, pero la causa de la Independencia estaba perdida; los indios fueron desbaratados, viéndose el infortunado Hidalgo obligado á replegarse hacia Tejas, en donde tenía esperanza de reorganizar su ejército. Traicionado en su fuga por Elizondo y Bustamante, sus ayudantes, esperando alcanzar gracia, fué aprehendido y después fusilado el día 31 de Julio de 1811. En su muerte alardeó el valor más heroico unido á los sentimientos más religiosos.

“Hé aquí, me dijo el mexicano, los rasgos de este otro caudillo célebre en las primeras guerras de Independencia, Sacerdote también; el cura Morelos, (cuyo retrato examiné con mucha atención, no sin fijarme en los rasgos de firmeza y energía que le acentuaban.)

“Permítame usted, continuó, si no le es molesto, referirle en pocas palabras quien era este hombre incomparable.” Y asegurándole que su narración lejos de incomodarme, me interesaba, continuó.

“El cura Morelos figuró al frente de la insurrección después de la muerte de Hidalgo, haciéndose notable por su ardimiento, energía y talento militar. Hombre que sabía improvisarse

“recursos, cuyo secreto jamás comunicó, era un jefe de partido hecho y derecho y un héroe en el campo de batalla. La fortuna le fué adversa frecuentemente; y aunque experimentó sus reveses, solía reponerse de ellos levantándose de sus vuelcos más esforzado y emprendedor. Era hombre de convicciones profundas, distinguiéndose por su sincero entusiasmo por la causa que abrazó, entusiasmo que supo transmitir á todos cuantos le rodeaban. En el vigor de la edad, su fisonomía denunciaba el temple enérgico de su carácter; era de costumbres sencillas, afable en su trato, bondadoso con sus soldados y notablemente desinteresado.

“Si yo me hubiera encontrado en mi camino con este hombre, decía el virrey, le había hecho general. Morelos tuvo el mismo fin que su predecesor Hidalgo, siendo aprehendido y fusilado por los españoles.”

De fijo que yo había topado con un patriota, pero patriota lleno de dignidad que se hacía notable por sus sentimientos levantados.

Cuando la nueva guardia de trincheras vino á relevarnos, vióme partir con pesar suyo y de mi parte confieso que ya comenzaba á sentir simpatía por aquel hombre, á quien después de la toma de Puebla tuve ocasión de volverle á ver y de apreciarle, haciéndonos verdaderos amigos. Los perjuicios ocasionados por el sitio le habían casi arruinado, sin que por eso llegase nunca á formular una queja.

“Con tal que de estas ruinas y desolación nazca la felicidad de mi patria, decía, mis sacrificios me parecen nada.” Carácter como este, me decía yo á mí mismo, son raros en México.

El día 3 de Abril se continuó en los trabajos ofensivos de las calles y cuadras; nada hubo de importancia, como no sea el asalto de un nuevo cuartel por el 1.º de zuavos, que perdió en esta circunstancia un valiente oficial en el teniente Le Cavernec.

Sérias dificultades y peligros inmensos se presentaban para tomar la cuadra que ocupaba la Iglesia de San Agustín y que servía de arsenal al enemigo. Había que tomar prudentes precauciones para apoderarse de ella, al acometer por la espalda y los flancos esta cuadra considerable. Era preciso evitar, en lo posible, un ataque de viva fuerza del cual podía resultar la

explosión de la pólvora y los proyectiles que el enemigo tenía allí almacenados. Durante el día entero, la plaza hizo un fuego violento sobre nosotros. Los fuertes de Santa Anita y el Carmen cruzaban punterías sobre nuestras trincheras y sobre las cuadras que habían caído en nuestro poder.

Del 3 al 6 de Abril se preparó el ataque de una cuadra importante, situada en frente de la parroquia de San Marcos, por donde podíamos flanquear de Sur la formidable Iglesia de San Agustín. Al tardecer del 6 de Abril, la cabeza de una columna, compuesta de algunos hombres del 1.º regimiento de zuavos, quedó, en los edificios de San Marcos, dispuesta á atravesar, bajo los fuegos enemigos, una calle que la separaba de un grupo de casas, en donde había abierto brecha la artillería. A la señal convenida, el sargento mayor Merlier [quien obtuvo nombramiento de oficial después de esta hazaña, y que murió en un combate el día 8 del siguiente Septiembre], con diez y siete hombres, se lanzó á la calle, llegando á la brecha y atravesándola con intrepidez inaudita. Un destacamento de zapadores de ingeniería les siguió, pero en medio de un fuego espantoso de fusilería, cogiéndoles de frente y de flanco, y una gran lluvia de granadas que lanzaban de las vecinas azoteas; los zapadores vacilan; entonces el teniente Galland se precipita, excitando al resto de su compañía á seguirle, y traspasa la brecha con la mayor parte de su gente. El enemigo, sorprendido por el arrojado de la cabeza de columna, no había podido de pronto dirigir los fuegos de artillería sobre ella, pero no se hizo mucho tiempo esperar. Una fuerte barricada, armada de dos piezas cargadas con metralla, barrió la calle; de lo alto de las terrazas un fuego de lo más nutrido graneaba sobre nuestra gente, sin abrigo alguno en la calle que franqueaba, y á más, hallándose la brecha á un metro de altura sobre el nivel del suelo, no permitía el paso más que á dos hombres á la vez; había, pues, que detenerse algún tiempo, durante el cual nuestros zuavos á cielo abierto, eran acribillados por el enemigo á cubierto: así, la situación era crítica. El jefe de batallón Cateret se lanzó á la calle arrastrando en pos á la gente que quedaba; mas no bien hubo dado un paso cuando una granada vino á herirle. Otra compañía, á la señal de ataque y sin esperar órdenes, se adelanta con viveza para sostener el movimiento ini-

ciado. Aquella tropa, vigorosamente empujada por su jefe, el joven y brillante capitán Michelon, trata de abrirse paso para llegar más pronto á la brecha. Apenas el capitán, á la cabeza de sus hombres, había penetrado en la calle, cuando cae mortalmente herido, al mismo tiempo el teniente recibía heridas graves y el sargento que seguía á ambos era fulminado por diez y ocho tiros á un tiempo. El paso se hizo impracticable; toda la puntería enemiga se dirigía al espacio reducido por donde apenas podían pasar dos ó tres hombres de frente. Continuar el ataque era exponer á muerte casi inevitable á todos los que se aventurasen en la calle. Con todo eso, la lucha provocada en el grupo de casas invadido por el teniente Galland, tendría buen éxito, si se pudiera llegar hasta donde él estaba. De ese lado oíase solamente tiros aislados sucediéndose á los hurras, acompañados de clarines, del enemigo. La calle estaba tapizada de cadáveres y los mismos heridos obstruían el paso. El General Berthier, que estaba de trincheras, queriendo economizar la sangre de su gente y creyendo que el teniente Galland y su tropa habían sido anonadados, mandó tapar la abertura de nuestra cuadra que daba acceso á la brecha practicada en la cuadra enemiga.

Mas aquel puñado de bravos, que habían seguido á su valiente jefe, combatía heroicamente contra un enemigo cien veces superior en número: habían penetrado por la brecha en un patiecito lleno de escombros, y habían desalojado al enemigo en dos puntos, pero al atacar el tercero, fueron recibidos por una descarga de fusilería tan viva que creyeron tener que esperar refuerzos, que supusieron llegarían pronto, poniéndose á la defensiva; ya muchos habían muerto y otros estaban gravemente heridos; M. Galland, pues, organizó la defensa de modo de ahorrar sangre en los suyos, pero conservando el terreno conquistado.

Como á las nueve de la noche, los mexicanos, ampliamente reforzados, cercaron á los treinta zuavos; la brecha se había cerrado detrás de ellos; así, la retirada era imposible.

No podré describir las angustias que nos devoraban en el momento en que vimos cerrarse aquella abertura que daba paso á la calle, imposibilitando cualquiera tentativa que se hiciese para franquearla, y nuestros pensamientos iban dolorosamente

te á detenerse en aquellos pobres camaradas nuestros á quienes nos veíamos obligados á abandonar.

Suplicamos con insistencia que se nos dejara ir en su auxilio; nuestro coronel vino desde el campamento al primer anuncio de tan deplorable acontecimiento, y pidió al General comenzar de nuevo el ataque á la cabeza de su regimiento, lo cual realmente no era posible.

Nuestros soldados seguían animosos luchando en el patio de la casa á donde habían penetrado; hacían prodigios de valor, y el enemigo atónito al ver tanta audacia, no se atrevió á arrojar sobre aquellos valientes, contentándose con intimarles, en medio de un fuego espantoso de fusilería, que se rindiesen. No se les respondió sino con disparos. Los mexicanos perdían gente también y comenzaba á cansarles tan desesperada resistencia; hicieron segunda vez la misma intimación, la cual el teniente Galland rechazó con toda energía. Sostúvose firme durante algunas horas esperando que llegasen en su ayuda; pero ¡ay! las horas pasaban y el auxilio no aparecía! Tercera vez se le hizo la intimación siendo acogida del mismo modo que las precedentes. Entonces el comandante de la tropa enemiga gritándole le dijo que él y sus compañeros iban á ser aplastados por los techos que estaban desplomándose sobre ellos, y al mismo tiempo les arrojaron mechas de brea ardiendo que amenazaban abrazarlo todo. ¡Cruel situación para aquellos hombres esforzados, que hubieran preferido jugar la vida luchando contra enemigos visibles, pero que se hallaban á punto de verse sepultados bajo los escombros del muro y de las vigas que á la zapa se derribaban sobre ellos!

Locura hubiera sido insistir en semejante lucha; el teniente Galland consintió en entrar en conferencias con el coronel mexicano que mandaba en la cuadra, concediéndole éste, para él y su tropa, el honor de conservar aquellas armas de las cuales tan heroico uso acababan de hacer.

Una orden del General en jefe hizo saber al ejército la valiente conducta de aquel puñado de hombres y la constancia heroica de que habían dado pruebas.

El teniente Galland, aunque oficial joven, fué ascendido á capitán algunos días después, al volver de la prisión.

Durante el resto de la noche el enemigo estuvo en espera de

un nuevo ataque, porque hasta la mañana siguiente un fuego infernal barría la calle y las terrazas de las casas que ocupábamos. El ángulo de la calle lo formaba una casa contigua á la en que estábamos apostados; el enemigo colocó una pieza de campaña dispuesta para batir ese ángulo. Después de unos veinte cañonazos, la casa vino á abajo llevándose una parte de la que ocupábamos. Hacía una noche atroz; la obscuridad en que estábamos forzados á mantenernos, hacía penosísimas aquellas noches de guardia en las cuadras. El enemigo, á diestro y á siniestro, tiraba sobre los muros, sobre los postes y sobre las terrazas. Todas aquellas detonaciones que no cesaban un instante, nos exasperaban, poniendo nuestro sistema nervioso en un estado de irritación imposible de describir. Se necesita haber personalmente pasado una de aquellas larguísimas noches en situación tan ingrata para comprender cuánta energía moral necesitaban los soldados para no dejarse abatir del desaliento.

¿Se desea saber cómo se arrojaban nuestras tropas sobre el enemigo, cuando se verificaba el ataque de alguna cuadra?

Abriase una salida en la calle que iba á franquearse; la artillería entonces abría una brecha en el muro de la cuadra opuesta; ya que la brecha quedaba practicada, la compañía que iba á la cabeza se arrojaba, no en masa, sino codo con codo muchos hombres de frente, lo que hace tan sólido al soldado francés, pero uno tras de otro, siendo los primeros los oficiales. Las calles estaban barreadas á unos cuantos metros solamente del punto por donde la columna desfilaba; en el mismo instante la metralla llovía sobre los asaltantes cogidos de flanco por los cañones de las barricadas; y de las terrazas y de las torres y campanarios descendían granizadas de balas. Naturalmente los oficiales que iban encabezando la partida, fáciles de conocerse por el uniforme que vestían, eran el punto de mira para el enemigo; así, caían los primeros, y los soldados continuaban su marcha, detenida á menudo por los cadáveres que obstruían el paso. A la consideración del lector queda formar juicio si para ataques de este género se necesitan hombres de un temple asaz rudo.

Tan luego como la cabeza de la columna había penetrado en la cuadra enemiga, nadie se presentaba para estorbarle el

paso: ningún enemigo visible, sino solamente murallas vomitando la muerte por todos lados. Cada muro, cada tabique estaban menudamente perforados, asomándose apenas la boca de los fusiles, haciéndose preciso muchas veces buscar otro paso para poder flanquear al enemigo, y de no encontrarlo, fuerza era practicar á descubierto, y bajo un fuego de mosquetaría abrumador, una nueva brecha. Terminada esta, el enemigo desaparecía ocultándose tras otro obstáculo situado unos cuantos metros más lejos. Hé aquí la lucha que sosteníamos contra enemigos que jamás en combate alguno, han tenido valor para presentarse á pecho descubierto, sino que siempre estaba tras los muros atronados, tras de obstáculos acumulados con arte siempre y con inteligencia.

Un oficial mexicano de los del Estado Mayor que fueron hechos prisioneros al capitular la plaza, con aire de satisfacción preguntaba á un oficial francés, ¿qué juicio había formado de la defensa?—“Como la de una tropa maleja, respondió el oficial francés; solamente los ejércitos sin bríos ni energía son los que pelean ocultos tras de las trincheras, sin atreverse á intentar una salida contra los sitiadores. Si hubieran ustedes tenido confianza en sus tropas, muchas ocasiones se les habrían presentado de romper la línea de sitio, que en algunos puntos apenas estaba resguardada por cien hombres. La defensa de las calles de Puebla ha sido como hecha por gavillas de insurrectos, y no una resistencia gloriosa y militarmente dirigida. Después de la toma del fuerte de San Javier habríamos podido abrumarles de proyectiles hasta que pidieran misericordia; y lejos de eso, por consideración á esta malaventurada ciudad, ya tan destruida por ustedes mismos, les hemos proporcionado los únicos medios de que podían disponer sus hombres para resistirnos.”

Esa respuesta, brusca en verdad, pero provocada por la arrogancia impertinente de un oficialillo que de militar no tenía más que el uniforme, pareció hacerle entrar en reflexión. ¿Y lograría hacerle más circunspecto?

El día 7 de Abril, por la mañana siguiente á este ataque, los centinelas colocados en las aspilleras divisaron que, por encima de las casas de la cuadra enemiga y en donde el combate había tenido lugar, ¡siniestros trofeos!, las casacas y los calzones en-

sangrentados de los zuavos muertos el día anterior, pendían de los muros, y banderas blancas sobre las cuales estaban cosidas tiras de tela negra, figurando canillas en forma de cruces coronadas por calaveras, y negras lágrimas tapizaban el resto del fondo, y un letrero que decía: ¡*Mueran los zuavos!*

Por semejante acto podía juzgarse de la dignidad característica de nuestros enemigos á quienes tan insignificante éxito había deslumbrado. Desde sus trincheras hacían enfrente de nosotros un indecente alboroto, tocando y cantando estribillos de la *Marsellesa*.

A pesar de tanto desprecio como nos inspiraba un enemigo á quien aplastábamos todas las veces que solíamos encontrarle en campo raso, no dejamos de experimentar cierto sentimiento de encono. ¡Cuántas ocasiones iban á presentárenos de obtener un completo despique de aquellos ataques infructuosos que en resúmen no tenían para el enemigo mas que una importancia muy insignificante!

Fácil habría sido prever la magnitud de nuestras pérdidas si no se modificaba el sistema de atacar cuadra por cuadra á aquel enemigo invisible. El General Douay había sido encargado por el General en jefe de dirigir los ataques de la izquierda, continuados un poco más hacia el Sur. Este General se estableció con su estado mayor, en la Penitenciaría, á fin de estar más próximo para comunicarse con mayor rapidez. La artillería construyó una especie de blockhaus [*] sobre ruedas, pudiendo contener un obus de montaña con sus sirvientes artilleros y cinco ó seis tiradores. Mientras el cañón batía las barricadas, enfilaría las calles impidiendo la acumulación de tropas en formación, y de este modo las columnas podrían más fácilmente atravesar cubiertas por aquella masa protectora, movida por algunos hombres; de este modo al avanzar, se ponían los soldados á cubierto de las balas. También se proyectó ejecutar el paso de las calles bajo los fuegos de fusilería por medio de caponeras volantes compuestas de piezas móviles y fáciles de armarse al ir á ponerlas en uso. Cada pieza sería llevada por un soldado sirviéndose de ella como de un escudo.

(*) Fortín construido generalmente de madera y con barbacana saliente en lo bajo para protegerlo contra asaltos ó incendios.—N. del T.

muy ancho. Desgraciadamente estas máquinas de guerra quedaron hechas añicos á los primeros cañonazos dirigidos sobre ellas por el enemigo.

Con el fin de dividir las fuerzas de los sitiados por una doble ofensiva, se tomó la medida de avanzar á la zapa á un tiempo por San Marcos y por Morelos. El General Bazaine que dirigía los ataques de la derecha, levantó obras de defensa y baterías hasta más allá de la Iglesia de San Baltazar, permitiéndole prolongar los fuegos en toda la longitud de las calles.

Hasta el día 11 de Abril sitiadores y sitiados continuaban sus trabajos, sin que algún acontecimiento de importancia se señalara en el sitio. El día 12 de Abril el General en Jefe había enviado sobre Atlixco, cerca de doce leguas al Oeste de Puebla, un fuerte destacamento dirigido por el Coronel Brincourt llevando á sus órdenes cinco compañías del 1.º de zuavos, quinientos infantes de Márquez, tres escuadrones franceses y el escuadrón aliado del Coronel Abram Ortiz de la Peña, y á más dos obuses de montaña.

El día 14, cerca de Atlixco esa columna encontró á Etcheagaray, Jefe de Estado Mayor de Comonfort, y á Carvajal con su caballería, que habían avanzado sobre la expresada ciudad por camino distinto con la esperanza de reunir sus fuerzas consistentes de dos mil caballos, tres mil infantes y una batería de artillería rayada. Aprovechando la ocasión de atacar á una después de otra antes que llegaran á juntarse las dos columnas enemigas, el Coronel Brincourt las desbarató dejándolas en el mayor desorden. El enemigo dejó en el campo muchos centenares de hombres y de caballos y numeroso material. Según informaron los desertores, el número de hombres que quedó fuera de combate se elevaba á más de seiscientos. Nuestras pérdidas fueron, tres cazadores de Africa, muertos, un oficial y siete jinetes heridos; diez y siete hombres muertos y treinta y dos heridos del escuadrón aliado. El Coronel mexicano de la Peña se distinguió muy particularmente en este combate por el vigor con el cual cargó sobre el enemigo; salvó, además, la vida á cuatro cazadores de Africa, desmontados y arrastrados á lazo por los mexicanos, siendo herido al dar muerte por su mano á muchos jinetes enemigos. La brillante